

# Las leyendas del oro en el norte del Perú y las ciudades perdidas. Cuando las ruinas incas se convierten en piedras del tiempo de los moros

Josefa Polonio Armada\*

IES ULLA FIDENTIA (MONTEMAYOR)

## Resumen:

En la región de Piura, en el norte del Perú, se encuentran algunos yacimientos arqueológicos que todavía no están catalogados junto a poblaciones que tienen costumbres iguales a las ancestrales de la zona, visten como los pobladores originarios, pero su aspecto desmiente todo lo demás. Los niños rubios de ojos claros, la piel blanquísima de los menos maltratados por la intemperie y el frío y algunas expresiones, alimentos y usos hacen que el viajero que los encuentra tenga la sensación de haber hecho un viaje en el tiempo más que en el espacio. Y las leyendas contadas alrededor de la hoguera en las noches frías de la montaña no hacen más que aumentar esta sensación. Este es el relato de algunas de esas leyendas.

## Palabras clave:

Piura, leyendas, crónica, tesoros ocultos, conquista, Perú.

## The north peruvian legends about the gols and the lost towns. When the inca's ruins turns in arabian stones

## Abstract:

In Piura, North Peru, the travellers find some ruins camps unknown for the official science next to villages when people with same habitudes than the old inhabitants of the region have same clothes than them, but our generic look deny all that. The children have blue or green eyes and golden hair, the wither skin who have the less injured by the bad weather and the cold, and any expressions, eats and uses, do the traveller who find them believe make a trip in de time more than the space. And the legends recounted about the fire in the cold nights of the mountains only grown there sensation. That is the account of any legends...

## Key words:

Piura, legends, chronicle, hidden treasures, conquest, Peru

## 1. INTRODUCCIÓN

El artículo que empieza no es propiamente un trabajo de Historia. Es más bien un inicio de trabajo de campo al que se ha tratado de buscar una explicación utilizando a los cronistas de la época de la llegada de Pizarro a las costas peruanas.

Es también el relato de los retazos recogidos en el camino que el conquistador extremeño hizo hasta su llegada a Cajamarca y su primer enfrentamiento con los incas, y de los restos que quedan de las leyendas que llevaron a estos conquistadores a vencer a una naturaleza indómita y a unos habitantes no mucho más manejables. Es la constancia de que la fiebre del oro es tan recurrente como la malaria, y tan persistente como las larvas del mosquito que la originan.

Y también de que las leyendas sobreviven a todos los que las crean y las creen como verdad de fe.

Me dispongo pues a ejercer de cronista del siglo XXI, de relatora de las noticias de los antiguos reinos del Perú llegadas hasta el día de hoy por boca de supervivientes que transmiten sus historias por tradición oral, a falta de una mayor cultura de libros y documentos escritos. Las tecnologías de la comunicación han avanzado mucho desde entonces, e incluso desde que este trabajo se inició, allá por el verano de 2001, pero en estos lugares eso prácticamente no se nota, detenidos como están en un tiempo intemporal y en un espacio que, a juzgar por los escritos de los cronistas, no ha cambiado prácticamente nada en cinco siglos.

Los nuevos conquistadores siguen buscando El Dorado en las entrañas de los bosques de neblina o bajo las

\* Profesora de Enseñanza Secundaria, Geografía e Historia.

raíces de los mangos en la costa que se hace producir con mil esfuerzos. Ya no llegan a lomos de caballos mitológicos, sino a bordo de helicópteros o de todoterrenos, pero el resultado es el mismo. Los rumores se disparan, las poblaciones se dividen y los nuevos todopoderosos ponen y quitan gobiernos, o al menos dirigen la mano que lleva el voto.

La intención no es publicar conclusiones, sino sembrar dudas e inquietudes. Se trata de una zona alejada de las rutas habituales del comercio, la agricultura, el turismo e incluso la investigación arqueológica, a pesar de la enorme riqueza que encierra en todos estos campos.

Léase, por tanto, como lo que es. Una bengala encendida sobre un lugar prácticamente desconocido, no sólo para españoles, ni siquiera para peruanos en general, sino incluso para los piuranos de la costa y del llano, que también tienen sus propias leyendas acerca de la indómita naturaleza de la sierra y de sus habitantes. El carácter científico no se lo da la calidad de los resultados que ofrece, sino el planteamiento de hipótesis y la cualidad de ser despabilador de intereses para personas más expertas y especialistas en las diferentes materias que aquí se van a plantear. Me cabe el honor de encender esa bengala, pero debo dejar las conclusiones para quien tenga los conocimientos y la competencia para obtenerlas. Quien encienda los focos definitivos deberá ser persona experta. Quien esto escribe se limita a ser viajera curiosa y cronista. Como si Humboldt hubiera vuelto al siglo XXI.

## 2. EL TERRITORIO

Los lugares donde se han recogido estas leyendas se ubican en el departamento de Piura, al norte del Perú. Son, básicamente, dos zonas: la desembocadura del río Chira, en la costa del Pacífico, cerca del puerto de Paíta, y los alrededores del nacimiento del mismo río, en la zona de confluencia de las provincias de Ayabaca, Huancabamba y Morropón, donde nacen el río Blanco, el Quiroz y el Piura, entre otros. Es la divisoria de aguas entre el Atlántico y el Pacífico. Algunas zonas de las que hablaremos, el Shaire, concretamente, es un cerro enorme coronado por una antigua fortaleza al parecer preinca donde nacen ocho ríos, cuatro hacia cada vertiente.

Las características geográficas de la zona hacen que sea un lugar muy peculiar. En la montaña nos encontramos con una inmensa riqueza etnobotánica, entre la que cabe destacar el árbol de la quina, ya muy difícil de encontrar, y con unas cuantas especies animales que son auténticas joyas en peligro de extinción, como el majaz y el tapir de montaña. Los bosques de neblina abastecen de agua a toda la cuenca, y llevan la vida río abajo, hasta los fértiles campos de cultivo próximos a la costa, que, si no fuera por ellos, serían como los desiertos que los rodean, bosques secos más parecidos a la sabana africana que a los frondosos bosques de tierra adentro en las zonas más altas, o lugares donde la tierra salitrosa a duras penas deja crecer algunas hierbas prodigio de adaptación.

La primera zona mencionada, la más próxima a la costa, tiene como centro de recogida de datos San Felipe



de Vichayal. Se trata de un municipio de unos 5.500 habitantes repartidos en varios centros poblacionales, construido a la orilla del río Chira y que está acostumbrado a sufrir su humor variable. El primer Vichayal desaparece en una inundación, y el actual está construido, unos metros más arriba, a partir de 1947.

Es una población que vive, preferentemente, del cultivo del camote y el algodón, además de una ganadería caprina y ovina que esquila los frágiles bosques de algarrobo de Indias, el taccio en runasimi quechua, más emparentado con la acacia que con nuestro algarrobo (*Ceratonia siliqua*).

La segunda está situada en plena sierra. Es el cruce de tres provincias serranas-Ayabaca, Morropón y Huancabamba-, donde han vivido siempre colectivos humanos difíciles de manejar y orgullosos de su independencia. Incluso a los incas les fue difícil llegar al territorio guayacundo. No sucedió igual con los huancapampas, que se dejaron invadir con mayor facilidad.

La toma de contacto, tanto con un colectivo como con otro, se produjo a raíz de un viaje para el hermanamiento entre Vichayal y Montilla, y para el inicio de relaciones de cooperación con los caseríos de Palo Blanco, en el distrito de Pacaipampa pero fronterizo con Lalaquiz (Huancabamba) y con Chalaco (Morropón).

## 3. LOS INFORMADORES

### 3.1. Vichayal

El municipio de Vichayal no tiene centros de reunión para sus habitantes.

La Iglesia, dirigida por el sector más fundamentalista del Opus Dei en los días en que se inició este trabajo, lo había prohibido expresamente. No se celebraban fiestas, ni

populares ni privadas. No había momentos de reunión ni esparcimiento. No había bares de ningún tipo donde reunirse. No se podía tomar una chicha o una cerveza en ningún sitio mientras se departía con los amigos. El alcalde había recibido la orden del párroco de que si se celebraba una fiesta popular debía entregarle a él el 20% del total del presupuesto en concepto de multa por derrochar recursos que deberían servir para mejorar las condiciones de vida de una población depauperada. La amenaza, que el alcalde estimaba real, era la de no volver a decir misa. No sirvió de nada explicarle que con contarle eso al obispo, el problema quedaba solucionado y los vichayalenses podrían volver a disfrutar de alguna fiesta como en todos los pueblos de los alrededores, y a beber chicha hasta que rodaran debajo de las mesas, e incluso, a bailar en la plaza sus obscenos bailes de negros que también escandalizan a los bienpensantes. Sobre todo, porque en Vichayal apenas hay negros: son bastante blancos, con rasgos andaluces, chinos, árabes, sirios, tallanes, algún negro... y todas sus mezclas posibles.

Ni siquiera se podían celebrar fiestas privadas. Incluso una boda o un bautizo —por no hablar de los velatorios— debían hacerse en un puritano ambiente de ahorro de los siempre escasos recursos. Tampoco sirvió de mucho que se les dijera que eso era considerar que lo único importante en la vida es el dinero. Se trabaja de sol a sol, siete días a la semana, excepto el tiempo dedicado a ir a misa y a dar una vuelta bajo los matacojados de la plaza. La multa, una vez más, era del 20% de lo gastado, que se debía entregar al párroco si querían que no les negara la comunión la próxima vez.

En este ambiente de puritanismo y opresión, llega una mujer española, sola, o, por mejor decir, acompañada de una grabadora y varias botellas de vino de la tierra. De Montilla. Los primeros días de estancia son de dejarse ver y de responder amablemente a la pregunta *«usted qué hace aquí»* seguida de *«podría ayudarme a...»* generalmente, buscar un mejor porvenir en esa España que se les antoja la antesala del paraíso perdido. Como las tardes son eternas, y las noches, a partir de que se va el sol y se corta la luz eléctrica, interminables, salen a relucir las botellas de vino y la grabadora para que los cuentos que se cuentan en las escaleras del Palacio de Gobierno Municipal —única vez en mi vida que me he alojado en un palacio, y no tenía agua corriente todos los días— queden inmortalizadas.

Los abuelos empiezan a hablar a medida que van tomando confianza, y se dejan grabar. Son un total de 8 horas de grabación donde se entretienen las leyendas más dispares con las noticias de aparecidos que se suben a la espalda de los osados que transitan por lo que ellos llaman carreteras en motos del año del accidente de Lawrence de Arabia o en bicicletas que fueron arregladas por los hermanos Wright antes del invento de la aviación. Les pido que se identifiquen, y tratan de hacerlo, pero no todos los nombres son entendibles. En cualquier caso, son hombres campesinos todos ellos mayores de 60 años, la mayoría analfabetos.

Las historias que cuentan hablan de tesoros escondidos custodiados por moros que han hecho pactos con el diablo, y de otros que también pactan con él para quitarles el tesoro a los moros, pero terminan liberando sus

almas y ocupando su lugar. Tan parecidas a los Cuentos de la Alhambra y a las historias que circulan por todos los pueblos del antiguo reino de Granada, que hay que hacer un esfuerzo para concentrarse en el lugar donde se están escuchando, y en el tiempo en que se vive. Sólo el rodar de la grabadora hace recordar que estamos en el siglo XXI. Afuera está oscuro, y dentro de la habitación, la iluminación procede de una vela puesta sobre un plato a modo de palmatoria. Las voces de los abuelos son intemporales, y sus arrugas salen del fondo del tiempo, igual que sus manos de campesinos.

Muchos ya no están, víctimas de la edad, la mala vida y el cáncer. Oswaldo Medina, a quien las lenguas —entre viperinas y cariñosas— del lugar llamaban Loco Medina, fue el organizador de todo.

Hombre comprometido con su pueblo, viejo luchador de las ocupaciones de tierras y admirador de la Reforma Agraria de Velasco Alvarado, de una edad indefinida pero seguro que mucho más joven de lo que parecía, caminaba por las calles hablando solo, más bien pensando en voz alta, y despotricando contra un cura que los había privado de toda su vida social. Decía que la única oportunidad que le quedaba de seguir conservando su independencia ideológica y de que todo el mundo lo dejara en paz con sus ideas y sus pensamientos era que lo tomaran por un poco loco.

Él me llevó a casa de Don Carmen, que había escuchado la campana enterrada que hace temblar a los cerros, y Don Carmen, que en ese momento estaba trabajando, me contó cómo era el resonar tenebroso en el silencio de la noche. Don Carmen tenía noventa y cuatro años allá por julio del 2001, pero todos los días trabajaba en su chacra. Su hijo tenía casi las mismas arrugas que él, casi los mismos años, y su mismo aspecto.

Fueron varias noches de charla ante una grabadora. En total, alrededor de diez. Después no ha habido ocasión de continuar ni las conversaciones ni los contactos. Los mismos avatares políticos que me llevaron a residir por dos semanas en un palacio casi sin agua corriente, con una bombilla que iluminaba desde arañas naturales y la música solemne de las trompetas de miles de zancudos, me alejaron de allí, al menos por el momento.

### 3.2. Palo Blanco

Palo Blanco es un caserío de la sierra. En la actualidad cuenta con dos carreteras de acceso, una por Pacaipampa y otra por Lalaquiz. En realidad, cuando hablamos de carreteras en esta zona estamos utilizando la misma acepción del término que se usaba en los siglos anteriores al invento del automóvil: lugar por donde, de haberlas, circularían carretas. Pero ni siquiera hay carretas. El término autóctono para designar a esa vía de comunicación es trocha carrozable. Hay dos en la actualidad, pero en el momento en que se inicia este trabajo de campo sólo había una, y era incompleta. Además, en época de lluvias, que, si el año viene bien, es de noviembre a febrero y si no, puede ser mucho más larga, se corta y se vuelve intransitable por la naturaleza del terreno. Es arcilla, y los barrizales impiden el

paso de cualquier vehículo de motor e incluso de las mulas.

Esta incomunicación hace que las dificultades para que la modernidad entre a las tierras paloblanquinas sean muy importantes, y que, hasta cierto punto, el tiempo se haya detenido. Y no sólo en cuanto a avances tecnológicos de la civilización. Los campesinos tienen radio, enormes transistores que llevan colgados al cuello y que funcionan con pilas. También tienen reloj, que utilizan más como signo de estatus que como instrumento para conocer una hora que, de todas maneras, no tiene mucho sentido en un lugar donde el tiempo no está fraccionado y valorado en cada una de sus fracciones. Incluso están empezando a sustituir sus sombreros tradicionales de colores brillantes tejidos por los hombres por gorras de visera de estilo yanki pero que todavía usan con la visera hacia delante. Las toallas están también ganando terreno a las bufandas de colorines.

Pero en las largas noches alrededor del fuego de la casa, a la vez cocina, calefacción, iluminación y centro de reuniones, se siguen contando historias sacadas de los romances viejos. El Cid sigue cabalgando en sus luchas contra los moros, los caballeros del rey Arturo buscan el Grial y surgen las leyendas de la zona que aglutinan todo. Aparece Chicuate, la ciudad perdida del oro. No es la única. También está Paititi, pero está al sur. Y Paititi sólo tiene acceso en sueños, o en trance, pero Chicuate tiene un pasadizo por el que se entra pero no se sale.

Los informadores sobre Chicuate no terminan de ponerse de acuerdo. Hay diferentes versiones, como de todas las leyendas que se precien.

En este caso, los principales han sido los señores Nieves García García, uno de los patriarcas jóvenes de Palo Blanco, y Herminio Neyra Zurita, alcalde de Lalaquiz. Hay diferencias entre ellos, pero también similitudes.

Don Nieves García es descendiente de españoles, y en alguna ocasión ha hecho referencia a este dato, identificándose como español. De piel blanca, ojos verdosos y pelo castaño, su aspecto general no difiere del que podría presentar un campesino andaluz muy maltratado por la intemperie. Escucharlo narrar las historias que probablemente circularon por los hogares peninsulares allá por el siglo XV, en un castellano que tiene dejes de la época y arcaísmos abundantes, es retrotraerse a otros tiempos, los de la conquista.

No tiene cargos en la comunidad, pero su autoridad moral no se la discute nadie. Todo el mundo lo considera, incluso los miembros del otro clan de Palo Blanco, el de los Huamanes. Aunque en la actualidad se vive un período de calma entre los clanes de los García y los Huamán, en el momento en que se empezó a escuchar hablar de las leyendas de la zona estaban en pleno auge las rivalidades entre los dos, luchas sangrientas en algunos casos. Es de los pocos campesinos que saben leer y escribir con bastante soltura, y de los todavía más escasos que tienen un libro. En su caso, un Cantar del Mío Cid. Y, como la mayoría, tiene un pariente que conoce a alguien que alguna vez estuvo en la entrada de Chicuate. Y palidece y olvida cuando se le pide que dé más detalles, detalles que permitan la organización de una expedición hacia la ciudad perdida.

Don Herminio Neyra es trabajador sanitario. Es el alcalde de Lalaquiz, un municipio fronterizo con Palo Blanco donde se admira a los campesinos del caserío vecino, precisamente por lo que son denostados en otros lugares: por su sentido de la independencia. Aunque sus apellidos y su aspecto general lo desmienten, él se siente guayaquundo y se define como tal. Pero también tiene más de descendiente de españoles conquistadores que de vástago de la etnia que puso tantas dificultades a Túpac Yupanqui y que fue víctima de la justicia de Atahualpa justo antes de la llegada de los españoles.

Muy querido y respetado por su pueblo, miembro de una familia de dimensiones macondianas—son treinta y cinco hermanos—y eternamente preocupado por dos cosas: que los lalaqueños vivan mejor, y crear un museo etnográfico donde los turistas puedan admirar los tesoros que han recuperado de los distintos yacimientos todavía inéditos que llenan—que no salpican—las tierras de su término municipal. El único albergue de la zona, lo único parecido a un hotel, se encuentra en su capital, Tunal, al lado de la iglesia pintada de amarillo limón y del vivero municipal que guarda miles de plantones de cacao que se dan gratuitamente a todo el que se compromete a cuidarlos y ponerlos en producción.

Herminio, su primo el anterior alcalde y Farfán, el conductor de tractor que abrió el solo de la primera carretera y que llevó a Palo Blanco el monstruo prehistórico llamado excavadora, opinan que se podría organizar una expedición a Chicuate, en la que no podrían participar mujeres porque iba a ser muy peligroso, y en la que deberían ir al menos 30 ó 35 hombres de armas para que alguno volviera. Al preguntarle cómo se llega, todos se miran, pero ninguno habla. Es un secreto.

Al contrario de lo sucedido en Vichayal, en los caseríos de la sierra ha sido posible desarrollar un trabajo continuado, y sigue existiendo la inquietud por recuperar un pasado y unas señas de identidad. Menos locuaces que los habitantes de las tierras bajas o de la costa, primero tienen que conocer a la persona que llega hasta ellos. Luego, una vez demostradas las intenciones pacíficas, hay que aceptarse mutuamente. Y es un arduo trabajo si no se lleva un padrino conveniente. Después, la conversación fluye y las historias cobran vida propia. Seis años después siguen saliendo, y siguen apareciendo características nuevas que tiran por tierra cualquier hipótesis que se haya formulado con anterioridad para responder a la sencilla—aparentemente—pregunta de quiénes son y de dónde vienen los paloblanco.

#### 4. LEYENDAS DE VICHAYAL

No vamos a entrar a contar leyendas de aparecidos, pero los muertos de San Felipe de Vichayal caminan entre los vivos y saben subirse al salto en las motos en marcha. Además, no resulta nada recomendable pasar de noche por cruces de caminos y recoger viajeros que hacen auto-stop, medio de transporte habitual en la zona donde sólo circulan los todoterrenos y son muy escasos. Puedes estar llevando contigo al correspondiente pirano de la Santa Compañía. O al mismo diablo, que te habla al oído con su aliento helado.

Tampoco vamos a hablar de historias de bandoleros, de asaltos en los caminos, de entradas a tiro limpio en chicherías cuando las había, al mejor estilo de los vecinos del Oeste norteamericano. Eso sería para otro trabajo, desde luego, no menos interesante. Los informantes sí que los mezclaron, y es un trabajo separarlos, porque se imbrican como las escamas de un pez. El paisaje desértico, sembrado de pozos de petróleo, de las tierras eriazas, es un buen escenario para un western. En la noche, sobre todo si la luna blanquea los algarrobos, produce escalofríos.

Los cruces de camino no son lugares seguros, y no están protegidos por cruceros de piedra. Eso, lógicamente, aumenta el peligro. Pero no es Galicia. Los alrededores de cementerios y los lugares donde han ocurrido accidentes tampoco son buenos sitios. Las almas penan y buscan la perdición de los vivos. O, en su defecto, un poco de conversación.

Pero hay algunos lugares que son particularmente peligrosos. Son los alrededores de los pozos profundos que no tienen agua.

En una tierra agujereada por huaqueros y por las diferentes prospecciones mineras y petroleras, son abundantes. Igual que las leyendas acerca de tesoros escondidos. Y estos tesoros, siguiendo el patrón de los escondidos en el interior de los pozos andaluces, están custodiados por moros o son directamente obra del diablo.

En Paredones, a las orillas del río Chira, se habla de grandes cantidades de oro enterrado de las que nadie sabe dar noticia cierta. Posiblemente se corresponda con los hallazgos arqueológicos que se producen de vez en cuando. Alguna vez pudieron tener oro, es abundante en la zona.

Pero en Vichayal son más específicos. Incluso hay alguien que, con visos de cronista, escribió estas leyendas. Un librito que circula mecanografiado y fotocopiado porque no ha sido posible su edición, pero del que están muy orgullosos. Una de las más conocidas es la de la campana de oro.

En las proximidades del pueblo se levanta un cerro con una cruz de madera en la cumbre. Al pie de ella hay una piedra muy grande, tanto, que sirve como asiento a unas casas y da nombre a un pago: Piedra Rodante, o Rodada. Como la mayoría de los cerros de la zona, está compuesto casi en exclusiva por bentonita, y cuando el Niño llega con sus lluvias torrenciales, se viene abajo con estrépito de huayco.

Cuenta la leyenda que en los primeros tiempos del poblamiento de la zona por cristianos, en las festividades centrales de la Semana Santa, se abrió el cerro por la noche y en medio de una intensa claridad dejaba salir una campana de oro que tañía una sola vez antes de esconderse en las entrañas de la tierra. Este fenómeno se repetía todos los años. Era empezar la fiesta —no supieron decir si el Jueves o Viernes Santo, pero es de creer que fuera el viernes— y abrirse la montaña para mostrar su tesoro, hacerlo sonar una sola vez, y volver a guardarlo.

Este fenómeno excitó la ambición del pueblo, que quiso tener para siempre y a la luz pública tan maravillosa campana, capaz de hacer retumbar la tierra con su sonido

y de iluminar el cielo con el reflejo de todas las luces multiplicado por su brillo. De manera que, como un solo hombre, todo el pueblo se armó de barretas, palanas y picos y subió a la cumbre de la montaña dispuestos a cavar hasta que de sus entrañas brotara la campana de oro.

Empezaron por la cumbre, y todos cavaban y se esforzaban, pero la campana no aparecía. Lo que sí hizo su aparición fue una inmensa piedra que impedía seguir con el trabajo. Determinaron entonces que había que remover la piedra, y se pusieron manos a la obra. Todos contribuyeron a que la piedra dejara su lugar, pero, en vez de encontrar un pasadizo o un hueco, o cualquier otra cosa que pudiera informar de la existencia de la campana o del recinto que la albergaba, lo que encontraron fue más piedras. Y esa, la que había supuesto el primer obstáculo, salió rodando ladera abajo hasta que la propia naturaleza del terreno la detuvo. Es la que se conoce como piedra rodada o rodante, y que está en la parte baja del cerro de la campana, muy cerca de la casa de don Carmen.

En vista de que no podían dar con el maravilloso tesoro, determinaron que debía ser obra del diablo, puesto que salía para distraer a los fieles de sus devociones en la fiesta más importante del año. Ya se sabe: el diablo pone ante los ojos de los cristianos aquello que más desean y que menos pueden conseguir. Y además, cuando puede hacer mucho más daño, justo en la fiesta principal.

No sabemos cómo, la montaña se recompuso, porque al día de hoy sigue teniendo forma de pico. Bien es verdad que no pasa de ser una colina de escasa altura en comparación con los cerros que se encuentran sólo un centenar de kilómetros tierra adentro, pero es la altura más importante de la zona.

Para evitar nuevas apariciones de ese elemento que, ante la imposibilidad de conseguirlo, se designó como diabólico, se construyó una cruz de madera en la cumbre del cerro. Doble efecto mágico, el del signo sagrado y el de la madera en donde Satanás habita. Desde entonces no se ha vuelto a ver la campana. La cruz impide su salida, pero hay quien afirma haberla oído, y sentirla como una amenaza del Maligno dentro de la tierra, como un anuncio de futuras tragedias y problemas graves.

La versión más realista de la existencia de la cruz encima del cerro dice que fueron los jesuitas, que estuvieron por la zona, y que la colocaron en el lugar más alto y más visible para no perderse en la maraña de cerros de la desembocadura del Chira. Posiblemente sea cierto, pero es extremadamente prosaico, y los abuelos de Vichayal se niegan a aceptarlo.

También hubo quien contó historias de las que fue protagonista. Don Isidro, uno de los abuelos habituales, contaba que cuando él era joven apareció por Vichayal un hombre de Huancabamba. Era un brujo que iba a buscar un entierro. Un entierro es un tesoro enterrado. Del mismo tipo que los que describe Washington Irving en sus Cuentos de la Alhambra: pozo seco, galería subterránea, moro encantado, pacto con el diablo. Lo convenció para que lo acompañara, después de beber una buena cantidad de chicha, y se dispusieron para la expedición.

La noche en que se hizo —tenía que ser un trabajo nocturno, como todo lo que tiene que ver con la magia o con el diablo— primero se hizo una mesada. El brujo le explicó en qué iba a consistir el ritual, y que el único que podía sacar el tesoro era el habitante del lugar, porque el brujo era viejo conocido del diablo y no iba a dejarlo acercarse. Estuvieron de acuerdo, y la primera noche hicieron, de manera mágica, el agujero en la piedra debajo de la cual estaba el entierro. Para la noche siguiente prepararon dos botellas de ron para tomarlo con el diablo. A los viejos conocidos hay que honrarlos, aunque no sean nada amistosos. Se realizaron los rituales pertinentes, de los cuales el informante no habló, pero que consisten en una ingesta de Sanpedro seguida de una serie de invocaciones con el ritmo de unas sonajas o de una campana de bronce. El escenario, preparado con todo tipo de objetos de poder, algunos de ellos antigüedades de gran valor, predispone para el trance, la magia y las apariciones casi tanto o más que el Sanpedro. En este caso, era una campana de bronce, y debía sacar el tesoro mientras estuviera sonando, lo que lo obligaría a trabajar muy deprisa.

Don Isidro cuenta que preguntó por los riesgos. El brujo huancabambino le dijo que primero vería una enorme culebra que rodaría por la roca, pero que no debía hacerle caso. Luego, un tigre echando fuego por la boca, pero que tampoco sería peligroso. Y finalmente, un moro custodiando el tesoro. Para llevarse el tesoro había que dejar un alma allí. El no iba a ser: también le informaron de que se llevaría una parte interesante de lo rescatado. Pero entonces había que encontrar a alguien que sirviera de pago. Alguien, como el propio don Isidro, que no tuviera grandes ambiciones y que no desconfiara de quien tenía que actuar como ejecutor. Pensaron en uno de sus compadres, pero a la hora de la verdad, don Isidro pensó que cómo se la iba a jugar, que todos lo habrían visto con su compadre, sobre todo su mujer, y que si lo echaban en falta iba a ser a él a quien iban a ir a pedirle cuentas. Ese inconveniente lo frenó, no se presentó al rescate del tesoro, y como no se pudo hacer, hasta el día de hoy está en el interior de la casa de un habitante de Vichayal, conocido de todos los que estaban allí pero de quien no dieron nombre. Si hubiera sido un serrano, jamás habría pensado en un compadre. El compadrazgo es sagrado entre los habitantes de la montaña, tengan el origen que tengan.

Pero todos los abuelos informantes decían que habían visto el agujero y recordaban el paso del brujo huancabambino.

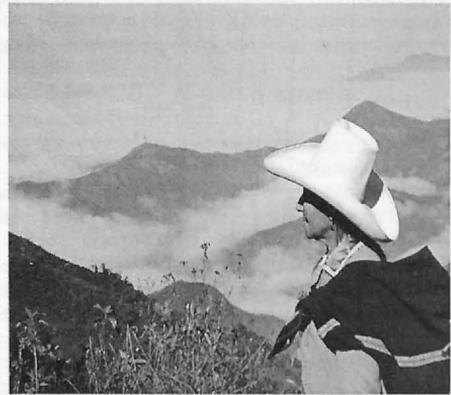
También abundan las historias de tesoros de piratas escondidos en las enseñadas de Miramar, la zona costera de la comunidad de Vichayal. Todos conocen a alguien que alguna vez vio un baúl lleno de joyas, pero hace ya mucho tiempo. De la misma manera, todos conocen a alguien que en sueños vio un tesoro y lo buscó hasta encontrarlo. Incluso, uno de los interlocutores habla en primera persona de uno de estos casos. Asegura que encontró huacos y algunos instrumentos de oro después de tener sueños recurrentes con un hombre —él lo llama inca— que entraba y salía de las paredes de su casa como si no existieran. Pero ya dijimos que no íbamos a hablar de leyendas o historias

de aparecidos, ni de piratas. Sólo de aquellas consejas que guardaran relación con los cuentos de tesoros escondidos custodiados por el diablo.

## LEYENDAS DE CHICUATE

Chicuate es una ciudad utópica. No existe ese lugar. O tal vez sí, quién sabe. Para los habitantes de la sierra piurana es tan real, o más, que Nueva York. Muchos no han oído hablar de la ciudad norteamericana, y para todos ellos es inaccesible. Pero todos han oído hablar de Chicuate, aunque para todos ellos también sea inaccesible. Sólo que por distintos motivos.

Hay diferentes versiones sobre un mismo tema. Todas coinciden en una cosa: hay un lugar en la sierra donde están enterrados una ingente cantidad de tesoros. Están tapados, son inaccesibles, no hay mapas, no están recogidos en ninguna ruta, y nadie, absolutamente nadie, vive allí. No hay pueblos ni caseríos ni siquiera casas en sus alrededores. Quien entra, aunque sea de manera accidental, se pierde en la niebla y nunca sale. Ni que pensar en la posibilidad de ir: no se encontraría la entrada.



La neblina cubre los bosques y da un ambiente mágico a la zona. Campesina de Palo Blanco. Foto de Juan Manuel Márquez Pena.

El Tunal de Lalaquiz dista una jornada de camino de la Capilla de Palo Blanco, pero en los dos lugares coinciden en que Chicuate está más o menos a diez jornadas al norte, en dirección a Carmen de la Frontera. Son caminos duros, intrincados y llenos de peligros mortales. La entrada a la ciudad perdida es un pasadizo de no más de un metro de ancho, lo que obliga a ir caminando y a no llevar acémilas, que no podrían pasar por muchos de estos lugares, y de un largo indeterminado pero bastante largo, y con recovecos.

A pesar de que nadie ha vuelto nunca de allí, o tal vez precisamente por eso, se sabe que es un pasadizo que tapa la niebla, que desde dentro es todavía más estrecho que desde fuera, y que no se ve, motivo por el que nunca nadie ha salido.

Sobre lo que se encuentra dentro hay disparidad de opiniones. Todos están de acuerdo en que allí hay una inmensa cantidad de oro. Pero la diferencia está en qué

hace ese oro allí, cómo ha llegado y cómo se puede sacar.

Para los que podríamos llamar historicistas racionales, allí se encuentra el tesoro de Atahualpa. El que no se entregó a los españoles porque lo mataron sin esperar a que pagara su fabuloso rescate, y el que pudieron recuperar del que sí pagaron. Rumiñahui y sus hombres lo llevaron hasta ese lugar y lo enterraron. Un chamán convocó a todos los poderes de la naturaleza para que lo hicieran desaparecer, y las casas donde estaba guardado el tesoro se cubrieron por una laguna, que no es una de las Huarinjas que hay por allí, pero que se le parece. A continuación, Rumiñahui y sus hombres se suicidaron tirándose a un barranco, para no caer en manos de los españoles, a los que habían visto torturar a los prisioneros, y para no hablar de lo que no debían. Desde entonces, el tesoro de Atahualpa descansa en el interior de la madre tierra, libre de la codicia, y protegido por artes mágicas.

Esta versión descansa sobre dos hechos reales: Rumiñahui y sus hombres se suicidaron para no caer en manos de los españoles, y como autocastigo por no haber podido evitar la muerte del Inca. También, la existencia de lagunas de tradición mágica. Las Huarinjas forman parte de la tradición chamánica de la zona, y la descripción de Chicuate se parece mucho a la vía de acceso a la más sagrada de todas ellas, la Laguna Negra.



Laguna Negra. Foto de Juan García Ballesteros.

Los que podríamos llamar partidarios de la vía alquímica consideran que en el fondo de la laguna que cubre a Chicuate hay una ciudad. Que los habitantes de esa ciudad tentaron a la naturaleza y desafiaron a todos los poderes creando una máquina del oro. Máquina en el sentido de productora, de generadora. Empezaron a producir oro, que trajo la ruina del lugar al desatar la codicia de todos los habitantes de los alrededores y de un poco más lejos, hasta el punto de que los españoles llegaron hasta allí atraídos por su causa. Y los atentados contra el curso natural de los acontecimientos no quedan impunes. La ciudad se hundió

y la cubrieron las aguas de una laguna. Pero sus habitantes siguen vivos, penando su castigo eterno, y la máquina del oro sigue produciendo oro por toda la eternidad. Sólo que no pueden salir de allí, y los que entran a buscarlo tampoco consiguen encontrar la puerta de salida.

Esta versión es muy parecida a la de la laguna de Paca, en los alrededores de Jauja. También allí se cuenta que en el fondo de la laguna hay una ciudad perdida por los pecados de sus habitantes, y que en determinadas noches se oyen lamentos. Pero el elemento de atracción fatal hacia el fondo de sus aguas no es el oro: es una sirena que canta con voz muy triste pero irresistible para los hombres que la escuchan, que se hunden en sus aguas. En quechua. Es una sirena del lugar, y utiliza el runasimi.

También hay otro hecho real que avala la existencia de Chicuate: en la zona hay una gran riqueza en minerales. En la actualidad, diferentes compañías mineras han hecho prospecciones y están iniciando la explotación de yacimientos polimetálicos, sobre todo cobre y molibdeno, en los alrededores de Carmen de la Frontera. Estos trabajos mineros están soliviantando a la población, que no quieren minas en sus alrededores porque contaminan el agua y hacen un uso abusivo de un recurso que, si bien no es escaso en la actualidad, lo llegará a ser si los bosques de neblina de los alrededores de los caseríos dejan de ordeñar las nubes para que la tierra produzca. En épocas de crisis las leyendas cobran más actualidad que nunca, y a los problemas económicos y ecológicos reales que supone la explotación minera y la pérdida de recursos agrarios de subsistencia se añade la sensación de violación de un lugar mítico, la pérdida de un paraíso ya perdido de antemano, la burla de una creencia ancestral, la de la existencia de lugares vedados a los humanos y preservados de toda contaminación. Pero los guayacundos siguen sin estar dispuestos a dejarse robar, otra vez, el tesoro de Atahualpa.

## 6. EL ORO DE LOS CONQUISTADORES

En la actualidad nadie discute que la máquina de la conquista de América fue la fiebre del oro que se apoderó de los españoles, aunque lo trataran de disfrazar de conquista de almas para el cielo.

La leyenda de El Dorado es una de las que más éxito tiene en los albores de la Edad Moderna, cuando la burguesía está desarrollando su capitalismo mercantilista y hace falta oro en cantidad para monetarizarlo. La evolución de la monarquía es también un hecho consumado en los comienzos del siglo XVI. Está pasando de medieval, apoyada en una nobleza feudal que considera a los reyes primus inter pares, a una monarquía autoritaria que pretende, entre otras cosas, controlar a esa nobleza cada vez más levantisca, con menos virtudes guerreras y más dada a los lujos que sólo se pueden conseguir, qué casualidad, con oro. El mismo oro que sirve para pagar los ejércitos mercenarios, ya no necesariamente de origen noble aunque sean pobres, y a los otros ejércitos que se están creando para reforzar el poder del Estado, el funcionariado que empieza a sustituir a segundones de la nobleza pasados por los conventos y a clérigos.

Todas las clases sociales están embarcadas en la misma empresa: la necesidad de conseguir la mayor cantidad posible de oro.

El oro es la panacea, y el motor de la conquista de América. No es de extrañar que una leyenda que habla de un lago dorado, rodeado de ciudades donde todo es de oro y en el que se baña un personaje al que previamente se ha rociado de polvo de oro, fuera creída a pies juntillas por gentes que también habían admitido la existencia de todos los personajes de cuentos extraños que circulaban, inspirados de forma más o menos libre, en la obra de Marco Polo, Libro de las Maravillas. Y además, como era una tierra nueva, no había que ir a liberar a ningún Preste Juan. Simplemente, a extender la mano y a imitar al rey Midas: todo lo que toquen, oro.

Raúl Porras Barrenechea, maestro de historiadores y políticos, dedica varias obras de su amplísima producción a los cronistas que relataron la conquista del Perú. En *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*<sup>1</sup>, se recogen unos trabajos presentados al Congreso de Americanistas celebrado en Sevilla en 1935. El maestro Porras llevaba siete años muerto cuando vieron la luz en la edición consultada.

El interés de este trabajo estriba, sobre todo, en dar una idea general de los distintos tipos de crónicas que se escriben, clasificadas de acuerdo con diferentes criterios: origen de los cronistas, formación que tienen, destinatarios de las crónicas. Estas variables determinan, en buena medida, su contenido.

La conquista se inicia frente a la costa de manglares de Tumbes. De ahí se pasa al interior, y se funda la ciudad de San Miguel de Piura, que recibe la primera crónica de la detención y proceso de Atahualpa. Cajamarca queda lejos, pero está bien comunicada por el camino inca. Es el mismo que une el Cusco con Quito, por donde se desplaza la civilización inca y las historias fabulosas sobre sus riquezas en oro y plata. Enormes, desde luego, y capaces de hacer enfermar de fiebre a las ya calenturientas mentes de los conquistadores, que buscan oro en todos los lugares. Hasta en donde no lo hay.

Esta búsqueda del oro sobre todas las cosas, incluso sobre la más elemental sensatez, está en la base de todas las leyendas que hablan de tesoros escondidos. Tanto los que custodian moros como los que yacen en el fondo de lagunas inaccesibles de las que nadie ha vuelto nunca, cuya entrada es un secreto a voces que enmudecen cuando se pregunta directamente.

Dice Raúl Porras, refiriéndose a la carta escrita por Harrise<sup>2</sup>, que «El interés principal del relato está en la

enumeración de las riquezas halladas. La alucinación del oro no era sólo codicia de almas españolas. Era deseo más ávido, quizás, en otros pueblos. Lo reflejan estas descripciones melancólicas y excitadas de las gacetas europeas, debajo de las cuales se desliza un disimulado sentimiento de envidia hacia el golpe de fortuna español»<sup>3</sup>

Ante las pruebas de la codicia de los españoles, los irrdígenes trataban de quitárselos de encima asegurando que «en cierta región del Perú se prendía fuego a las cabañas y éstas destilaban tanto oro y plata como se quisiera»<sup>4</sup> Como a Álvar Núñez Cabeza de Vaca lo mandaron al interior del desierto del Colorado.

Esta carta está fechada por Porras en 1534. Otras, que recogen la información y la rescriben a su antojo, no conciben el lujo sin literas tiradas por caballos enjaezados de oro... que llevan a Atahualpa al encuentro de los españoles. La imaginación disparada obra milagros, y lleva los caballos a América mucho antes de que llegaran los españoles.

El licenciado Espinosa, que también hablaba de oídas, escribe una carta al rey, en Panamá, a 21 de julio de 1533, donde cuenta que un rebaño de 10.000 ovejas llevaban la carga del avituallamiento del ejército y séquito de Atahualpa. Seguramente eran las extrañas ovejas de cuello muy largo y mirada altiva a las que ahora denominamos llamas. En esta relación se detalla la riqueza de Atahualpa y sus intentos de saciar la sed de oro de los españoles<sup>5</sup>. Según Porras, «un nuevo botín llegaba a Cajamarca y se sabía que el Inca había ofrecido a Pizarro 'seis ovejas y dos pastores y el prado en que pacían todo de oro y ochenta indios no los podían traer»<sup>6</sup>. El redactor de la carta se ofrece como gobernante más ecuaníme que Pizarro y Almagro, que andaban enfrentados, y deplora, con un cinismo que asombra al ilustre historiador, la muerte de Atahualpa.

No es sólo la codicia de los conquistadores lo que ha quedado entre sus descendientes en forma de leyenda, sino también la denominación de las ruinas. «Dizen que ay tanto oro e plata en las mezquitas e casas del Sol que tienen los yndios que en quatro anos no se acabara de quitar», escribe el licenciado De la Gama el 28 de julio de 1533<sup>7</sup>. Como sostiene el historiador Nelson Manrique en su obra «Vinieron los sarracenos», los castellanos todavía tenían ante sus ojos y en el imaginario colectivo la idea de que cualquier cultura ajena a la castellana o europea cristiana de la época era musulmana, y cualquier templo no cristiano, una mezquita. No había nada más. Y los descendientes rubios y con poncho y pollera de colores que habitan estas tierras siguen hablando de templos y ciudades «de tiempos de los moros».

<sup>1</sup> PORRAS BARRENECHEA, R., *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*, Instituto Raúl Porras, Lima, 1967.

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 29, «195. Anonymus. Rect of the first leaf: Copia delle lettere del Prefetto de la India Nuova Spagna detta, alla Cesarea Maesta Rescritte. Sm. 4to, for size, sine anno aut loco, two leaves: text in Roman characters (Private Library, New York)».

<sup>3</sup> *Ibid.* p. 31.

<sup>4</sup> *Ibid.* p. 31.

<sup>5</sup> *Ibid.* p. 39.

<sup>6</sup> *Ibid.* p. 40-41.

<sup>7</sup> *Ibid.* p. 43.



Niña de la familia Núñez, en Membrillo, Palo Blanco.  
Foto Original de Fernando Romero Sánchez.

La primera crónica de la conquista del Perú, la del capitán Cristóbal de Mena, habla también de resistencia de los habitantes de la zona, de la crudeza de la guerra y de la crueldad de los dos bandos. Habla de las torturas al capitán indígena que dirigía la expedición, Calcuchima, presumiblemente guayacondo por la zona donde estaban. De habitantes autóctonos ahorcados en los caminos por orden de Atahualpa, de su tambor hecho con la piel de su hermano y del vaso en el que bebía chicha con una caña de plata, hecho sobre su cráneo con una copa de oro. Sin intención moralizante o denigrante. Sin emoción. Como militar hecho a la guerra y todas sus brutalidades.<sup>8</sup>

Según Pedrarias Dávila, en la carta dirigida al rey en 1525 donde relata las primeras noticias de la conquista del Perú, y que Raúl Porras recoge en la obra analizada<sup>9</sup>, el paso de los españoles va acompañado de milagrerías del gusto de la época. «*tambien dize que se an convertido a nuestra sancta fe catolica / de su propia voluntad mas de quatrocientos mill animas e continamente vienen a demandar bautismo porque quisieron una cruz + de madera en un pueblo que se les avia puesto y nunca la pudieron quemar y asi moria toda la gente del pueblo de pestilencia que no quedo ningund indio / e visto este milagro los indios comarcanos e con otros milagros que han acaecido luego se bñieron a bautizar y pedir cruces las quales se las dan con la mayor solemnidad que se puede././*

*Ansy mismo en ciertas mezzitas donde aun no les avian dado imagines de nuestra señora cayeron Rayos y se*

*quemaron y viendo esto los de aquellos pueblos vienen a pedir ymagines de nuestra señora y + y bautismo y como ay pocos clerigos / los mismos indios viendo el auto que hazen los clerigos se santiguan y se hechan el agua unos a / otros././<sup>10</sup>*

También hace referencia a las luchas intestinas de las facciones castellanas, que podrían estar en el fondo de la existencia de pobladores descendientes de españoles sin apenas mezcla con la población de origen autóctono, de la misma forma que en las alturas de Huancabamba se encuentra población de origen quechua sin mezcla con la guayacondo y huancapampa que habitaban estos territorios en la época de la conquista. Son descendientes de los mítimaes que expandían la cultura inca por todos los rincones del Tawantinsuyo.

La descripción que aparece en la Relación Sámano-Xerez, documentada por Raúl Porras y que data de 1526, según su inicio, pinta una costa peruana, la del norte de Piura, que parece recién sacada de una foto actual. Dice Sámano que «*alloran algunos pueblos unto a la mar: pequeños y con algunos dellos asentaban sus pazes y pasaban de largo tovieron noticia en aquellos pueblos que entrando la tierra dentro detrás una sierra que se haze grande avia muchos pueblos a do avia mucha cantidad de oro y que la tierra hera muy llana y encluta todo por la mayor parte pradros e poco montuosa y que hera tan caliente en cierto tiempo del año que no podían andar los indios sin llevar debaxo de los pies unas cortezas de arboles hechas de manera de chinelas porque descalços se quemaban los pies y unos sombreros hechos de ojas de arboles sobre las cabezas*»<sup>11</sup>

Pero sin duda la parte más interesante -para los propósitos de este trabajo- de estas relaciones que estamos viendo es la que describe el camino inca. Se conserva en la actualidad como cuando lo descubrieron los hombres de Pizarro, un poco más descuidado porque hace siglos que no lo barren para que pase el Inca.

«*Cuenta que el camino por donde se va tiene de largo ocho pasos y está muy limpio y de un lado y otro del camino hay una pared de tierra de alto de una toesa y de cuatro en cuatro leguas una casa fuerte hecha de piedra rodeada de una pared de altura de dos toesas cubierta en sus extremos de cañas. Hay muchos caciques a lo largo de este camino teniendo cada uno bajo su mando quince a veinte mil indios. Siguiendo el dicho camino apercibieron sobre otra montaña muy fértil una gran fortaleza hecha de piedra y la dicha montaña muy poblada y habitada de indios*»<sup>12</sup>. Cabe preguntarse por la identidad de la ciudad a la que hace referencia. Y la respuesta puede ser mucho más

<sup>8</sup> PORRAS BARRENECHEA, R., «Las relaciones...» p. 51.

<sup>9</sup> Ibid. p. 59-62.

<sup>10</sup> Ibid. p. 60-61. El relato que hace del bautismo es muy similar a la práctica habitual en la actualidad: ante la falta de sacerdotes, que sólo bautizan una vez al año, concretamente en Pacaipampa el 15 de agosto, fiesta de la Virgen y feria local, los niños son bautizados nada más nacer por los padrinos, que de esta manera adquieren el compromiso de llevarlos a la pila bautismal a la primera oportunidad que se les presente. Utilizan para asperjar el agua, limpia y de manantial pero no bendita, una ramita de ruda, y pronuncian bendiciones sobre la cabeza del recién nacido, pero no necesariamente son las palabras sacramentales del bautismo. Una vez bautizados canónicamente, y antes de que se ponga el sol, los padrinos deben cortar el pelo de la criatura, y el padre lo ofrece a la Madre Tierra, enterrándolo en algún lugar secreto y reservado.

<sup>11</sup> PORRAS BARRENECHEA, R., «Las relaciones...» p. 64.

<sup>12</sup> Ibid., p. 71, en «Noticias verdaderas de las Islas del Perú», año 1534. El subrayado es mío. Es una retraducción al castellano de un original traducido previamente al francés por la fecha en que fue escrito.

interesante de lo que, a primera vista, podría parecer.

Antonio Raimondi, en el siglo XIX, parte desde la Pampa de la Quinua para descubrir el Huallaga. Allí cerca encuentra las ruinas que se pueden identificar con las casas de las quinientas vírgenes del Sol a las que hace referencia Diego de Trujillo en su crónica inédita hasta que Porras la saca a la luz en 1935.



Centro ceremonial cerca de los Baños del Inca, en el paraje de Pampa de la Quinua, en el camino inca y en la proximidad de los ríos que bajan de las Huarinjas y del Shaire.

Foto Fernando Romero Sánchez.

En las alturas del cerro más alto que domina la sierra limítrofe de Ayabaca, Huancabamba y Pacaipampa, donde se encuentra la comunidad campesina de Palo Blanco, el Shaire, se encuentran las ruinas de una inmensa ciudad que no está documentada. Según los habitantes de la zona, son ruinas «del tiempo de los moros» y lo único que puede justificar una excavación en ellas es, una vez más, la existencia de una ingente cantidad de oro. Hasta estas ruinas nos desplazamos a lomos de mula en el mes de julio de 2001, y allí pudimos comprobar, a simple vista y sin hacer ningún tipo de medición ni de prospección, que podían tener varios centenares de metros de largas y otro tanto de anchas, que estaban alineadas formando calles y que en lo más alto del cerro que había por encima de la explanada donde se encuentra el campo de ruinas, además de una curiosa inversión térmica que hace que haya otro tipo de vegetación distinta que en la parte más baja del cerro, también había ruinas de lo que parecía ser un centro ceremonial.

Habitantes de la zona nos informaron de que nunca había ido nadie a hacer estudios, aunque se había informado de la existencia a la Universidad de Piura, y de que allí se libró una batalla que duró dos años entre los guayacundos y Túpac Yupanquí, que tuvo que pactar con ellos para poder seguir su avance hacia el norte. Si leemos con atención la cita anterior, y el subrayado, se identifica la ciudad sin demasiados problemas. Sólo hay que conocer la zona para entender que se está hablando de la gran fortaleza del Shaire, a 4.000 m de altura.



Vista parcial desde la cumbre del Shaire y restos arqueológicos.

Posteriormente, María Luisa Rodas se desplazó hasta allí y realizó un estudio más detallado, que también está inédito, sobre la naturaleza de esta ciudad. Realizó algunas prospecciones en el mes de agosto de 2002.

Se han tenido noticias de la existencia de cerámica de muy fina factura y de instrumentos musicales de oro, pero no se han podido constatar fehacientemente por la desconfianza de los habitantes de la zona ante unas personas que nunca saben si van a traerles alguna desgracia. De lo que sí puedo dar fe es de la existencia de unas joyas espectaculares de un trabajo muy fino, pero apenas entrevistas. Impensable hacerles una foto, porque su dueña las llevaba puestas pero ocultas. Se trata de una diadema de oro trabajada en ondas, muy delicada. Si tenemos en cuenta que pensaban que los españoles sólo podían haber llegado hasta allí atraídos inexorablemente por el metal amarillo, pedirle que se dejara fotografiar con ella, o incluso haberse dado por aludida de su existencia, habría supuesto un serio problema.

También la falta de medios para acometer una excavación con garantías de validez científica ha impedido que el estudio sea más detallado, pero las ruinas están ahí, y es preciso que quede constancia de ello para, como decía al principio, que las personas o instituciones que tengan capacidad y medios suficientes pongan manos a la obra. Desgraciadamente, la falta de cartografía de la zona —al menos, al alcance de personal civil— hace imposible dar una localización exacta. Hay que contar para ello con guías locales.

La ciudad perdida del Shaire no es la única de la que quedan vestigios. No se ha ubicado tampoco Caxas, a pesar de que se hacen múltiples referencias a ella en todas las crónicas. Y los campos de ruinas que hay a lo largo de todo el camino que va de Piura a Cajamarca darían trabajo a legiones de arqueólogos durante décadas. De la misma manera, el sincretismo de la cultura hispánica de los conquistadores con los primitivos habitantes de la zona ha dado lugar a costumbres que son dignas de un estudio

detallado por antropólogos y especialistas en culturas chamánicas. La magia está presente en cada aspecto de la vida, pero es mezcla de creencias ancestrales y cultos cristianos pasados por el tamiz de la religiosidad popular más heterodoxa.

Volviendo a la relación de la conquista a que hacíamos referencia antes, el botín de la primera batalla de Cajamarca es más que suficiente para alentar todos los mitos y leyendas de tesoros que después y durante siglos se han conservado en esos lugares.

Se confunde, en estas primeras crónicas, el Cusco con el Inca. De la misma manera que, muchos años después, se confundirá a los incas con los quechuas y a éstos con todos los habitantes autóctonos del viejo Perú prehispánico, que no sólo habían conquistado a todos los demás, sino también eclipsado para siempre, en el imaginario colectivo, a todas las demás civilizaciones de la zona.

## 7. CONCLUSIONES

Tal como planteé al principio de este escrito, no se trata de exponer conclusiones de un trabajo, sino de despertar inquietudes.

Pero siempre existen conclusiones, aunque sean necesariamente parciales y obligatoriamente revisables.

La cultura hispana de los años finales de la Edad Media y principios de la Moderna está viva en una zona que ha visto pasar los años sin que la Historia avance, al menos al ritmo que lo ha hecho en otros lugares no tan alejados de los que estamos tratando. Por descontado, no es un fósil viviente: es una mezcla de las culturas ancestrales de la zona —pervivencia de los chamanes— con las creencias del cristianismo popular que menos podría resistir una revisión de la Inquisición y que han ido tratando de adaptarse a la evolución de los tiempos, al menos hasta donde se puede tener conocimiento sin la presencia de medios de comunicación, y manteniendo la mula como principal medio de transporte.

Existe una diferencia considerable entre la sierra y la costa en cuanto a organización y modos de vida, pero en cuanto a pervivencia de la memoria, no hay tanta. Quizá lo más significativo es que en la sierra la presencia de leyendas sobre el oro y los tesoros escondidos tengan un carácter más iniciático que en la costa, donde perviven en forma de aviso de navegantes para todos aquellos que decidan sacrificar incluso la amistad o el compadrazgo a la ambición. El serrano no puede sobrevivir solo, y sus enemigos pueden hacerlo desaparecer sin dejar rastro. De ahí que la amistad tenga un signo casi sacramental que no tiene en la costa, mucho más abierta en todos los sentidos, también en los más negativos. El compadrazgo es una especie de adopción

entre adultos. Los lazos que establece son los más firmes, y nadie los rompería por todo el oro de todas las ciudades perdidas y todos los entierros.

Las leyendas son muy similares a las que perviven en los pueblos andaluces. Los moros custodian tesoros en los cuentos de Washington Irving, en los campos de Moriles y en las sierras granadinas, igual que en Vichayal y sus alrededores. Alguna vez habría que hacer la prueba de llevar a estas tierras resacas de la costa norte peruana algunos relatos recogidos en los pueblos andaluces. Seguro que ellos conocen una variedad, pero con el mismo trasfondo.

La ambición del oro se asocia con el diablo. No trae más que ruina, y ninguna riqueza procedente de algo que no sea el trabajo diario sirve para traer la prosperidad. El recuerdo de las luchas internas de los conquistadores que fueron con Pizarro y los posteriores colonizadores, los impuestos que no repercutían en el bienestar de la población —al contrario de lo que sucedía en el Incanato— y la necesaria división de la historia en un antes y un después de la conquista facilita esta visión.

Pero incluso en las historias que cuentan están implicados sierra y costa. La historia del brujo de Huancabamba —terra mítica donde ir a buscar Chicuate— se enlaza con las leyendas de tesoros de la costa. Es el reflejo de la organización social basada en cuencas fluviales. En una orografía tan accidentada como la andina, la unidad de producción y unidad social básica es la microcuenca, articulada en todo un sistema de cuencas fluviales. También las leyendas circulan por los cauces de los ríos.

En la sierra, también, hay más elementos reales que hacen que la presencia de la máquina del oro o las historias de ciudades de tiempos de los moros estén más vivas, y afecten, hasta cierto punto, a la vida de sus habitantes. Las ruinas, efectivamente, están ahí y son inéditas. De vez en cuando aparecen saqueadores que se llevan tesoros que, si hemos de creer a los habitantes de la zona, son espectaculares en cuanto a calidad y cantidad. No hay motivos para no creerlos: las joyas que lucen algunas mujeres, aunque no son muchas ni las llevan muy visibles, no dejan lugar a dudas.

Pero además hay otro problema: la presencia de mineras que contaminan los ríos y eliminan sus fuentes. La leyenda de Chicuate toma todo su vigor si observamos con qué afán se buscan los minerales, y con qué igual afán tratan de ocultarlos los habitantes de la sierra. Para ellos el oro es sólo fuente de problemas, puesto que no se busca con el corazón limpio, sino desde la ambición. La alquimia, también medieval, sigue presente. Mientras tanto, mientras el corazón del hombre no sea puro, la máquina debe permanecer oculta.